

mos, para sacar mayor fruto de la meditacion que en este tiempo se consagra á la Pasion del Redentor.—Muchos, que en el resto del año la tienen olvidada, la recuerdan ahora conmovidos y fervorosos, sorprendidos de que sucesos tan sublimes no tengan á la humanidad en perpétua adoracion y confusion.

De aquí que los creyentes, y aún los que no lo son, sientan renacer en su alma en estos días santos la fé de la primera edad, se entreguen á la oracion y á las prácticas piadosas, y olviden las disipaciones y los compromisos del siglo. Los templos se ven más concurridos que nunca, crece el auditorio al rededor de los oradores sagrados, y por millares de millares se cuentan los que se acercan al tribunal de la penitencia y á la Mesa de los Ángeles.

Estas maravillas, obra de la gracia, demuestran además que la humanidad está firmemente adherida al Árbol augusto de la Religion, y que para separarla de él no bastarán nunca ni el huracan de la impiedad, ni los vaivenes y vacilaciones de los hombres.



CARÁCTER Y COSTUMBRES.

I



APÉNAS si se encontrará carácter más voluble que el nuestro, génio más descontentadizo, aspiraciones más raras é inexplicables que las que abriga nuestro público. Nada hay fijo, nada es permanente entre nosotros, siquiera se trate de cosas que merezcan la atencion. La sociedad mexicana parece que se ha acostumbrado ya á verlo todo sin cuidado y sin exámen; á veces con descuido, á veces con la más criminal é irritante indiferencia. Ora se entusiasma con alguna idea nueva que se le presenta, para luego abandonarla; ora la recibe y la ve al través de una tonta frivolidad; ó ya finalmente, critica con acritud y se lamenta de que nada corresponda á la importancia y valer que ella misma se da.—De aquí tantas contradicciones, tantos errores en el obrar, tantos juicios apasionados, y tantas y tan frecuentes injusticias.

Si carecemos de diversiones y el fastidio es nuestro único y forzoso compañero, las lamen-

taciones, las quejas y los buenos propósitos que todos se hacen, no tienen medida.—Deseamos que venga la ópera, que nos visiten buenas compañías de verso, que honre nuestros teatros alguna celebridad artística contemporánea. Nos prometemos hacer cualquier sacrificio en bien de la deidad salvadora, del génio bienhechor que nos divierta y cautive, ya con los primores del arte en hermosos espectáculos, ya con extrañas y verdaderas novedades. Pero nuestro público se parece á un niño que desea y se desespera por un juguete, y que tan pronto como lo tiene, lo desprecia y lo rompe por inútil é inservible. Y si no, véamos lo que pasa.—Viene la ópera. Todos hablan de ella desde que se sabe que ha llegado á Veracruz; todos piensan ir al teatro sin perder una funcion, y se entusiasman con la risueña perspectiva de dos ó tres meses de espectáculos líricos. Se hacen anticipadamente conjeturas sobre el mérito de los artistas, segun las noticias que de ellos se tienen; se leen y se comentan los programas que publican los periódicos, y nadie falta en Buenavista el día que llega la compañía. ¡Qué curiosidad, qué alegría! ¡Con qué entusiasmo se recibe á los viajeros, qué atenciones se les dispensan, con qué fina galantería hablan á las damas, qué delicadeza de lenguaje y de maneras! Diríase en esos momentos que es este pueblo el pueblo más artista de la tierra.

Sin embargo, ninguna de aquellas demostraciones es hija del entusiasmo artístico. El pollo insustancial y pretencioso se alegra de la venida de la ópera, porque va á tener un nuevo teatro

donde lucir el prendido de su corbata; la coqueta, palco desde el cual podrá dirigir engañadoras miradas á los que la halagan y adulan; el imberbe galan, repetidas oportunidades de ver de cerca á la niña que le tiene cautivado. Y así los demás: éste su vanidad de ostentar en cada noche un traje nuevo; aquel la esperanza de alcanzar en pleno teatro un triunfo sobre su rival; ésta, la ambicion de atraer á sí todas las miradas; aquella, el orgullo de maravillar á la concurrencia con el brillo y la riqueza de sus joyas; todo, ménos el amor al arte, ménos el deseo de disfrutar de goces delicados y puros.

La concurrencia, en las primeras funciones, es numerosa y distinguida; despues va disminuyendo, disminuyendo, hasta quedar el teatro desierto. ¿Dónde están los que se regocijaban con la llegada de la ópera? ¿Dónde los que se fastidiaban con la falta de espectáculos? ¿Qué se hicieron aquellos amantes platónicos del arte, tan celosos de su cultivo y adelanto?—Si se les encuentra en la calle y se les pregunta por la última funcion, dirán bostezando que no estuvieron en ella.

—La compañía no sirve. Era mejor Tamberlick; cantaba con más expresion la contralto que vino con Pozzo; había más dulzura y sentimiento en la voz de la Peralta cuando trabajó hace veinte años.

—Esta compañía no da espectáculos nuevos—dicen otros.—¡Siempre *El Trovador*, *Ruy Blas*, *Fausto*, *Rigoletto*!

Resultado: que la empresa, al abrir el segundo abono, apénas si puede cubrir los gastos; al

concluirlo no puede ya sostenerse, y se arruina. —Al ver estos cambios, estas volubilidades verdaderamente inexplicables, fuerza es confesar que sólo depende del malo, malísimo gusto que reina entre nosotros. No se comprende cómo hay quien prefiera las payasadas de la *Gallina Ciega*, al delicioso y bellissimo cuarteto de *Rigoletto*, á las melancólicas y sentidas notas de *Lucía* y *Sonámbula*; siendo lo más notable, que esta depravacion de gusto se halla más arraigada y es más general en aquella clase de la sociedad que dispone de mayores elementos para formárselo fino y delicado, oyendo diariamente en el piano trozos de buenas óperas y recibiendo quizá una excelente educacion artística.

II

Y bien: careciendo de animacion nuestros teatros, ¿tiene la sociedad mexicana otros círculos donde reunirse? ¿hay otros goces que ocupen el lugar de aquellos, con provecho de nuestra cultura y de nuestra ilustracion; ó será que llevamos una vida tan pacífica y arreglada que no tenemos tiempo ni de divertirnos? No, desgraciadamente: nada de esto sucede; ántes parece que entre nosotros faltan elementos para amenizar la existencia con algunas gratas distracciones propias de toda sociedad juiciosa y expansiva.—No hay tertulias de salon, tan necesarias para que las familias se conozcan y se traten; no hay conciertos, donde el artista pueda estudiar y afinar su gusto, y el público aplaudir el mérito: no hay veladas literarias, donde el

naciente poeta halle estímulo y consejos, el orador teatro y auditorio ante quien lucir sus buenas dotes; el estudiante, honesto entretenimiento, y la juventud femenina, oportunidad de aprender á discernir el valor verdadero del prestado y falso; no hay, en fin, en nuestra sociedad nada de aquello que pudiera interesarla vivamente, ofreciéndole goces para la inteligencia y el corazon.

¿Cuál es la vida en México? Sin referirme á aquellos que la pasan en medio del trabajo, y tal vez de las privaciones, todos aquí viven en la ociosidad más tonta.—El rico contempla sus tesoros, acaricia deseos de aumentarlos, muchas veces empleando medios que reprueba la moral, y apénas si lee alguna vez el periódico, para informarse de aquellos sucesos que pueden influir en la marcha de sus negocios. El estudiante falta á cátedra, lee de carrera algunos días la que señaló el profesor, y ejercita poco su entendimiento, con el propósito de redoblar á fin de año sus esfuerzos para salir bien en el exámen; y entre tanto se pasea y se divierte, quita el tiempo á sus compañeros, va al billar todos los días, al juego, á las cantinas, y se olvida de todo. Los que disfrutan de algunas rentas y tienen aversion al trabajo, los diputados, periodistas, gentes sin ocupacion ni obligaciones, pasan la vida en las tercenas y peluquerías, donde forman tertulia y hablan de cuanto quieren: de literatura, sin haber leído nada; de teatros, sin haber estado atentos á la representacion; de política, sin preocuparse del porvenir de la patria; y sobre todo, de crónica escanda-

losa, que es el manjar favorito de sus pláticas. ¡Cómo critican á todo el que pasa, cómo se burlan de la humilde fea, con cuánto sarcasmo hablan de los inocentes maridos! Allí se decide de la reputacion de una mujer honrada, se discuten sus atractivos y sus gracias, se pone en duda su virtud: la lengua de estos vagos distinguidos es una espada terrible que hiere á cuantos toca. ¡Y en esta escuela se educan los jóvenes que más tarde han de ser esposos y padres de familia! En vez de estar sobre los libros cultivando su entendimiento, en vez de recogerse en el hogar doméstico para recibir ejemplos de virtud y piedad paternas, ó para habituarse al trabajo que más tarde puede ser su único patrimonio, van á esos círculos de maledicencia á oír cosas que debían alejarlos de ellos.

Algunas señoras y señoritas, por su parte, pasan tambien el día siguiendo sólo los caprichos de su frivolidad. Muchas van á misa diariamente; pero no pocas hay que la oyen por costumbre, sin devocion ni atencion. Paséanse luego por los cajones de ropa, las joyerías, las tiendas de modas, las perfumerías y sederías; entran algunas veces á ellas, piden el precio de un objeto del aparador, y se marchan; otras llaman desde el coche al elegante dependiente; preguntan por alguna mercancía; la traen, se bajan cajas, piezas, cintas; se abren tercios, se trastorna el almacén, y al fin, llevan cualquier cosa; vara y media de listón, un anillo de á dos pesos, una corbata. Y así se pasa el resto del día.

¿Puede haber vida más triste que ésta?

Es de lamentarse que las ocupaciones intelectuales vayan siendo una mentira entre nosotros: que nadie se ocupe en algo serio y útil, que nadie lea, ni ame la instruccion, sino que todos vayan tras ambiciones innobles, buscando la realizacion de no sé qué absurdos y necios deseos. Y es de lamentarse más todavía que se vea con indiferencia este estado de la sociedad, y que nadie se alarme con él.

III

Es una verdad que la falta de círculos domésticos donde reunirse, es altamente perjudicial á las familias, especialmente para la parte juvenil de uno y otro sexo. No estamos ya, por desgracia, en aquella época en que se comprendían, se amaban y se deseaban los honestos goces del hogar; en que se buscaban distracciones pacíficas en el seno de la confianza, y en que los ánimos se contentaban con poco, con cosas inocentes y sencillas. Hoy se aborrece la vida retirada y de reclusion voluntaria, se huye de la familia, se quiere estar siempre en el mundo, y nadie halla encanto en el oscuro y silencioso cultivo de las artes ni en la lectura de un buen libro.—Los jóvenes, sobre todo, sintiendo en sí la necesidad de la expansion, salen de su casa en busca de amistades ó de placeres; mas se encuentran con que no tienen donde ir, y entonces las puertas del vicio se abren seductoras para ellos. La cantina, el billar, las conversaciones licenciosas, y otras cosas peores, los llaman y los atraen para perderlos. Desde aquel

momento su vida es de ociosidad y de escándalo; tórnanse en insolentes y vanidosos; sus modales cambian; sus sonrisas adquieren cierta expresion de burla y de desden, pierden el respeto á todo, y con el mayor desacato hablan de lo que no entienden.—Las jóvenes, por su parte, condenadas á no tratar en la sociedad, á no frecuentarla llevando por guía la discrecion maternal, y sintiendo, sin embargo, vehementísimos deseos de conocerla, entéganse á la lectura de novelas inmorales, de cuadros repugnantes que ajan su pudor y su inocencia; y tambien se pierden. Y de aquí que algunas sean frívolas y coquetas, que no sepan conversar, y que tengan malísimo gusto para todo. Porque ¿cómo se lo han de formar bueno si no tienen teatro donde ejercitarlo? ¿Cómo ha de haber amenidad en su conversacion, si les falta el hábito del trato social?

Es cierto que algunas veces se perjudican más las jóvenes con la frecuencia del mundo, que con el aislamiento y la soledad en que viven; pues en aquel, pronto puede nacer la aficion al lujo, y léjos de luchar para vencer las tentaciones, quizá fácilmente se dejarán llevar de ellas. Mas es una verdad tambien que si se procurara poner á esto una sólida barrera en la virtud, serían incalculables los beneficios que resultarían á la sociedad de la presencia de las jóvenes en los círculos de reunion.

Y aquí surge una cuestion interesantísima y trascendental: ¿conviene que las mujeres frecuenten los espectáculos? ¿es de alguna utilidad verlas en medio de ellos?—Acaso el actual es-

tado de las costumbres nos dé una respuesta negativa; porque, como dice D. Severo Catalina, “los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas.” Sin embargo, es indudable que estos peligros desaparecerían teniendo la mujer una educacion sólida y esencialmente cristiana, pues así encontraría en ella una defensa constante á su virtud. Ni los deseos de figurar, ni los halagos del lujo, ni las tentaciones de triunfos amorosos, podrían jamás penetrar en corazones acostumbrados á la virtud y la honestidad. Su misma inocencia sería impenetrable escudo y su candor detendría á los atrevidos. Y este trato frecuente iría tambien estrechando los vínculos de amistad entre las familias, daría á conocer su carácter, sus sentimientos, sus ideas, y los que más tarde pudieran llegar á ser esposos, tendrían oportunidad de estudiarse mutuamente para no sufrir desengaños y para saber á quién entregaban su corazon. Desaparecerían así las dificultades con que generalmente se tropieza en la investigacion de las cualidades y virtudes de las personas; desaparecería el sistema que para enamorar tienen hoy los jóvenes, pues en los salones encontrarían á la elegida de su alma; y habría, por último, en las costumbres, más expansion, mayor confianza, y una dulce y encantadora intimidad.

Aparte de esto, ¿cuántos bienes harían las señoritas en las reuniones á los que asistiesen á ellas! Su trato bondadoso y amable los tendría á su lado siempre, sin darles tiempo de pensar en reprobadas diversiones; su graciosa discre-

cion cautivaría á todos, y les haría comprender el tesoro de belleza y de sentimientos que se encierran en el alma de una mujer virtuosa; su buen gusto influiría de una manera decisiva en el de los demás, y todo, en suma, iríase reformando con la enseñanza y el ejemplo de tan lindas maestras.—La mujer, que es toda poesía, atrae los corazones, los hechiza, hace nacer en ellos nuevas afecciones, y puede llevarlos por el camino que quiera. Nosotros los hombres somos sus esclavos; reconocemos y confesamos su superioridad, y gustosos nos sometemos á su imperio: podemos dejar la gloria, el dinero, un porvenir feliz, si ella lo quiere. Dispuestos estamos siempre á hacer cualquier sacrificio para satisfacerla, para obtener una mirada de sus ojos ó una sonrisa de sus labios. ¿Y qué no haríamos también para impedir que nos odiase ó nos viese con enojo?

IV

Reflexionándolo bien, sólo la mujer podría, en estos tiempos de corrupción, impedir los desastres que nos amenazan. Porque sólo ellas poseen el secreto de una elocuencia que convence, sólo á ellas las oíríamos con humildad y atención, sólo sus consejos nos parecerían sabios y acertados, y sólo de sus manos desearíamos recibir el galardón que mereciesen nuestro cambio de costumbres y nuestra buena conducta. Estaríamos pendientes de sus labios para obedecerlas, pendientes de sus ojos para adivinar en ellos lo que no fuese de su agrado; nos

mostraríamos atentos, juiciosos, ilustrados, y en nuestras palabras habría siempre la más exquisita y delicada cortesía. Nadie iría ya á las cantinas, á los cafés ni á los estanquillos de buen tono; nadie buscaría las malas compañías, ni pensaría en el juego, ni soñaría con esos goces que secan la fresca sávia de la juventud para legar á los años venideros una generación miserable y raquílica. Nadie querría salir de los salones donde los ojos se recreasen en castas hermosuras, y donde el espíritu hallase deleitable esparcimiento, ora en las suaves armonías de un piano, ora en la voz dulcísima de una artista encantadora, ora en la conversacion de una jóven linda y discreta. Amaríase entonces la vida del hogar, la vida de la familia, no la vida del café y de la cantina, que en el decir de un escritor español ha sustituido á aquella. Estas tertulias íntimas serían el mejor y más apetecido descanso de nuestros trabajos.

La influencia, pues, de la mujer en las costumbres públicas y privadas, en la vida del corazón y hasta en la del entendimiento, es grande y decisiva. Siendo por su misma naturaleza fina y delicada, estando dotada de un corazón siempre sensible y dulce, amando con una especie de instinto, que no pocas veces parece milagroso, lo que es verdaderamente digno de ser amado, ella puede gobernar las riendas del sentimiento y llevarle á las fuentes donde pueda nutrirse de saludables aguas.—Empero, y aunque sea triste decirlo, ¿están en aptitud de hacer esto las señoritas de nuestra sociedad?

Los novadores del siglo XIX llegaron ridi-

culizando la educacion que muchos padres daban á sus hijas; éstos se alarmaron, creyendo descortesía no oír los consejos del progreso, y lentamente fueron dejando su primitiva severidad.—“Está bien, dijeron, os damos gusto; ó mejor dicho, hemos comenzado á hacerlo. Nuestras hijas son ya hijas de la moda, siervas obedientes de todos sus decretos; van con las luces del siglo, con las exigencias de la moderna civilizacion. ¿Pero qué nos dais en cambio? ¿Qué educacion, á juicio vuestro, deben recibir ahora nuestras hijas?”—Y los novadores no supieron qué contestar, ó contestaron fundando escuelas en que se enseña á la mujer hermosos conocimientos, si se quiere, pero no los deberes de esposa y de madre que tal vez necesita: y ningun padre de familia se alarmó ante los absurdos y necedades que aquellos decían en libros, periódicos y discursos; y nadie volvió á acordarse de la educacion antigua ni nadie pensó tampoco en buscar otra que la sustituyese. Por eso estamos como estamos.

Así, pues, casi hay que confesar que el medio moralizador de que se hablaba ántes, es por ahora enteramente ineficaz entre nosotros. Y aunque no lo fuese: debemos tener presente que ya no estamos en los tiempos de la edad media, tiempos caballerescos en que se rendía á las damas un culto que rayaba en idolatría, y en que un amante era capaz de conquistar un reino y áun de escalar el cielo, si su amada se lo pedía. Hoy, por desgracia, pocos saben estimar debidamente las gracias y las virtudes de la mujer, pocos le guardan aquella fidelidad an-

tigua que hacía á los hombres agradarla y complacerla. Nuestros jóvenes sólo van tras de aquello que halaga sus gustos, sus pasiones y sus inclinaciones, y dejan á un lado lo que puede contrariarlos ó detenerlos en su desenfreno.—Las señoritas, sin embargo, deben pensar en esto, y emprender una obra de regeneracion. Ellas conseguirán más, sin duda, con su encantadora palabra, que los padres con sus consejos y castigos. La juventud de hoy es por naturaleza rebelde á toda autoridad, pero seguramente no lo sería tanto, si tuviese que obedecer el mandato de unos ojos negros; no lo sería, si supiese que el premio de su obediencia lo tendría despues en una sonrisa de benevolencia y agrado. Ellas, por su parte, y á fin de asegurar más el triunfo, deben rodearse de mayor número de encantos, sobre todo de aquellos que subyugan el alma y se imponen al corazón. Conviene que no se aparten un punto de la estricta y sana moral cristiana; que en su educacion se mezclen al mismo tiempo la humildad, la moderacion y la candorosa sencillez que les comunicaba el régimen antiguo, y la discrecion, el buen gusto, la gravedad que se necesitan para tratar con los hombres de nuestros días. Una educacion que les enseñase á distinguir lo bueno de lo malo sin perjuicio de su inocencia, á ser ilustradas sin caer en el defecto de la vanidad, á ser, en fin, buenas, virtuosas y benévolas: hé aquí lo que las haría más recomendables. Su tiranía, si así pudiera llamarse, sería una tiranía adorable, sería el imperio blando y suave de la virtud y del bien.

Compréndanlo bien las señoritas: de ellas depende quizá que la juventud cambie de sendero, de inclinaciones y de costumbres; que deje de ser frívola y disipada, para buscar en el trabajo las verdaderas fuentes de la riqueza, de la prosperidad y del bienestar; que lea y estudie, en vez de divertirse siempre; que ejerza su actividad en obras útiles, no abandonando por eso el cultivo de sus facultades; en una palabra, de la influencia de la mujer depende quizá que la nueva generacion no venga á ser lo que hoy promete, y que en lugar de ella tengamos en lo futuro una porcion escogida de útiles y honrados ciudadanos.—Consiguiendo estos fines las señoritas harán un gran servicio á la sociedad en que viven.



LA MÚSICA BUFA.

I



QUIÉN no gusta de los tranquilos goces que proporcionan la música y el canto? ¿En qué corazón no hallan eco las melancólicas y suaves notas que expresan los sentimientos humanos? ¡La música! . . . Desde que el hombre nace comienza á deleitarse con ella: en la cuna se duerme oyendo las canciones de su nodriza y de su madre, y en su juventud, sólo á un instrumento armonioso confía la expresion de sus tiernos y delicados afectos. Á la música acude en sus horas de desengaño y de dolor, y en medio del tumulto de las pasiones y del mundo, sólo un canto triste, sólo unos acentos melódicos, pueden despertar en él ideas é impresiones saludables; porque á su maravilloso influjo se mejoran los sentimientos, se ennoblecen las aspiraciones y deseos, se despiertan dulces recuerdos, que hacen buscar en la meditacion una fuente de consuelo. El amor á la música es por esto señal segura de buen gusto, de ilustracion, y de bondad y delicadeza de alma.